

BT 1104

18

V.3

1837

*An necessariis, unitas: in nondum decisis, libertas: in omnibus charitas.*

Unidad en las cosas necesarias, libertad en las no decididas, en todas caridad.



FONDO EPISTOLARIO  
VALVERDE Y TELLEZ.



Capilla Alfonso XII  
Biblioteca Universitaria

LA  
**RELIGION CRISTIANA**

PROBADA POR LAS MARAVILLAS

DE SU ESTABLECIMIENTO.

DISCURSO PREDICADO EN PRESENCIA DEL REY  
EL DIA DE PENTECOSTES DEL AÑO DE 1817.

*Accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti in vos,  
et eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa, et  
Samaría, et usque ad ultimum terræ.*

Recibireis la virtud del Espíritu Santo que bajará sobre vosotros, y dareis testimonio de mí en Jerusalem, en toda la Judea, en la Samaria, y hasta en los confines de la tierra. *Actas de los Apóstoles, c. I. v. 8.*

SEÑOR.

CUANDO Jesucristo apareció en la tierra diez y ocho siglos hace, todas las naciones, así civilizadas como bárbaras, á excepcion de una sola, la de los judíos, estaban sumergidas en las tinieblas de la idolatría. Es cierto que la religion

008130

pagana no era mas que un cúmulo de errores groseros, que no podian sostener el exámen de una razon ilustrada; mas sin embargo tenia á su favor cuanto era capaz de asegurarle al parecer para siempre el afecto y homenaje de los pueblos. Arraigada profundamente la idolatria por la costumbre, sostenida por el peso de la antigüedad; apoyada con toda la autoridad de las leyes, hermoseedá con toda la pompa de la fiestas, con los encantos de la poesía, de los juegos y placeres del teatro, defendida por el celo interesado de los pontífices y sacerdotes de los falsos dioses, ¡cuán halagüeña era y cuán grata á esta naturaleza débil y corrompida, cuyas inclinaciones lisonjeaba! Al centro sin embargo de este caos de supersticiones y de vicios es adonde Jesucristo envia á sus discípulos á llevar la luz; y ante esas naciones descarriadas por los caminos de la mentira é iniquidad, es donde los apóstoles deben dar testimonio de la santidad, de la doctrina y de las maravillas de su Divino Maestro: *Eritis mihi testes usque ad ultimum terræ.* ¡Qué asombroso designio el de mudar la religion, las costumbres, los hábitos y usos del mundo pagano, y mudarlos por solo la predicacion de algunos hombres oscuros, sin mas patrimonio ni recomendacion que su

ignorancia y rusticidad! ¡Qué obstáculos tan poderosos! ¡qué medios tan débiles para superarlos! ¡qué aparente imposibilidad de un feliz éxito! ¡y qué maravilla lograr tal empresa!

Que la religion se estableció en medio de las naciones paganas con la mas asombrosa rapidez, y que aun ántes de la conversion de Constantino hizo inmensos progresos entre los diferentes pueblos conocidos entonces, y en particular en el centro de las provincias del imperio romano, es un hecho comprobado por los monumentos mas irrecusables de la antigüedad, tanto profana como cristiana: así es que todos los apologistas de la religion que aparecieron en los primeros siglos han sentado esta maravillosa propagacion del Evangelio, como un hecho asombroso, notorio y del que nadie dudaba, para dar á conocer que sus triunfos tan rápidos sobre el entendimiento y el corazon de los pueblos paganos descubrian en ella un poder del todo divino. No, no es posible ver en la fundacion del cristianismo una de aquellas revoluciones, hijas de las pasiones humanas, que de tiempo en tiempo cambian la faz de los pueblos.

Hagamos ver en este dia, aniversario del nacimiento de la iglesia cristiana, que solo Dios ha podido fundarla; y manifestemos cuan frívo-

las son las explicaciones de su establecimiento que han dado los incrédulos. Imploremos ante todo el Espíritu de luz y de verdad por la intercesión de aquella que le recibió en toda su plenitud: AVE MARIA.

Si, hermanos míos: el espectáculo más prodigioso que presenta la historia del género humano desde su origen, es ver luchar la religión cristiana en su nacimiento contra todos los errores y vicios reunidos, disipar con su luz las tinieblas del paganismo, hacer brotar las virtudes más puras en el seno mismo de la corrupción más absoluta, burlarse de la sutileza de los sofistas, y de la ignorancia de la muchedumbre, y penetrando con solo las armas de la persuasión entre las naciones más bárbaras lo mismo que entre las más civilizadas, extender su imperio por todas partes á pesar de la resistencia de todas las preocupaciones, y de todas las pasiones desencadenadas contra ella, hasta sentarse por último triunfante con el emperador Constantino sobre el trono de los señores del mundo, después de trescientos años de combates y de victorias. Pero ¿por qué medios se verificó esta maravillosa mutación? Sobre esto dirigiremos á los incrédulos un raciocinio que en la sustancia es de S. Agustín. ¿Quereis que la religión se

haya establecido por medio de los milagros referidos en nuestros libros sagrados y en los primeros monumentos de la antigüedad cristiana? ¿ó quereis que se haya establecido sin ellos? Elegid. Si Jesucristo, si sus apóstoles y los primeros discípulos de estos obraron realmente estos milagros, ¿por qué vacilais en humillaros ante una religión que se os presenta marcada con un sello del todo divino? ¿Direis acaso que estos milagros no son más que fábulas? Con eso solo desquiciais todos los fundamentos de la historia, y os condenais á no creer ninguna de las relaciones históricas de la antigüedad; porque ¿dónde hallareis hechos más testimoniados que los de Jesucristo y los de sus discípulos? Yo os concedo por un momento cuanto querais; pero si la religión se ha establecido sin el auxilio de los milagros, os vereis obligados á confesar que solo su establecimiento es el más grande de todos. Por cualquier lado que consideremos la religión, ya sea en la persona de los primeros que la anunciaron, ya en la doctrina que enseña, ó ya en la época en que apareció, hallaremos que todo estuvo contra ella desde su origen, y nada en su favor; de modo que á no estar sostenida por una mano enteramente divina, hubiera debido sucumbir y perecer.

He dicho primeramente que la religion cristiana tenia contra sí á sus propios fundadores. Forma Jesucristo el plan de reformar el mundo pagano por medio de sus discípulos; ¿pero á donde irá á tomar los embajadores que debe enviar á los pueblos y á los reyes? ¿Los escogerá en el Senado de Roma, ó en el Areópago, en el Pórtico, ó en el Liceo, ó entre los príncipes de la Sinagoga? Parécia que para una empresa tan extraordinaria se necesitaban hombres de un nacimiento ilustre, de una educacion distinguida, y á quienes las luces, el talento oratorio, y la experiencia de los negocios pudiesen dar un grande imperio sobre el ánimo de los pueblos. Es siempre favorable para una doctrina ser anunciada por hombres de un órden superior y puede esta extenderse á la sombra de un grande nombre: una alta reputacion de talento y de creencia, puede imponer á la multitud y aun á los sabios; pero la ignorancia del doctor vilipendia su doctrina, y generalmente es vergonzoso ser discípulo de un maestro despreciado. Con todo, los enviados de Jesus no son ni doctores judíos, ni filósofos hábiles, ni oradores eruditos, ni sabios versados en los secretos de la política; son hombres sin ciencia, sin educacion, sin crédito, sin riquezas, sin po-

der, y sin ninguna de aquellas ventajosas cualidades que séducen y arrastran los ánimos. Nosotros los cristianos vemos á los apóstoles por entre diez y ocho siglos de veneracion y de homenajes tributados á su memoria, y los creemos révestidos de un poder sobrenatural para establecer el Evangelio; pero no reconociendo en ellos los incrédulos ningun don milagroso, es preciso considerarlos despojados de aquel brillo y de aquella gloria enteramente celestial que imprimia á su ministerio, segun nosotros, el sello mismo de la Divinidad. ¿Y qué son, reducidos á sus cualidades naturales? Hombres muy comunes, pescadores de profesion muchos de ellos, y sin conocer mas que su barca y sus redes, groseros é ignorantes como los que habitan las orillas de nuestros rios, ménos diestros tal vez y ménos astutos; he aquí sin embargo los que emprenden la conquista del mundo, la reforma de los pueblos paganos, y los que empezaron con el mejor éxito esta revolucion moral y religiosa, que se ha perpetuado de edad en edad, de nacion en nacion, y que aun continúa todos los dias. Confesemos de buena fe que hay en esto cierta cosa enteramente contraria á todas las ideas humanas.

Y no tratemos de alucinarnos con falsos y ri-

dículos paralelos; será ciertamente posible que reunidos algunos facciosos de la hez del pueblo consigan excitar una conmocion, formar una cuadrilla de sediciosos, ó cierta secta pasagera, libertina y feroz; ¿pero qué semejanza hay entre un suceso efimero, resultado de la violencia, del deleite y de todas las pasiones, y la conversion del mundo pagano, de tantas ciudades y pueblos opuestos en costumbres, en intereses y en language, verificada por hombres que combaten las pasiones en lugar de adularlas, y que léjos de usar de la violencia solo respiran paz y dulzura? Que con la copa del placer en una mano y la cuchilla homicida en la otra para derribar lo que no pueda seducir, forme Mahoma en regiones sumidas en la ignorancia una religion informe, grosera y voluptuosa, tampoco es mas que un suceso producido por causas humanas; y el imperio del falso profeta de la Meca solo es una prueba convincente de lo que puede el ingenio auxiliado por la astucia, las pasiones y la fuerza de las armas. Pero como observa Pascal, respondiendole muy exactamente á una objecion reproducida despues mil veces sin vergüenza: „Jesucristo y Mahoma tomaron „rumbos y medios tan contrarios, que supuesto „el triunfo de Mahoma, debió frustrarse el plan

„de Jesucristo, y perecer el cristianismo á no „haber sido sostenido por un poder totalmente „divino (1).”

Tuvo pues el cristianismo contra sí en su nacimiento á sus propios fundadores: hombres ignorantes y despreciables en la apariencia, y á quienes naturalmente debia desechar un mundo soberbio y desdeñoso.

He dicho en segundo lugar que tenia contra sí su propia doctrina. Familiarizados hoy nosotros por las impresiones de la niñez, de la educacion y de la costumbre con la doctrina cristiana, con sus misterios, su moral y sus prácticas, y viéndola rodeada de los homenages de tantos siglos y de tantas naciones, no podemos conocer á fondo cuan repugnante debió parecer en su origen; es necesario para esto trasladarse con la imaginacion á la época en que fué anunciada por primera vez. La religion se presentó entónces á los hombres con dogmas incomprendibles; de que se resiente una razon altiva y curiosa; que se separaban de todas las ideas universalmente recibidas, y que atacaban de frente las creencias y preocupaciones mas arraigadas en todo el mundo. Los judíos es-

[1] *Pensées*, chap. XVII, n. 7.

peraban un Mesías de gran poder y ostentacion, acomodando las profecías á sus ambiciosos deseos y esperanzas; mas he aquí que se les anuncia un Mesías pobre, crucificado, y condenado á muerte por el supremo consejo de la nacion, por los sacerdotes y doctores de la ley: ¡qué doctrina esta para ellos!

¡Pero cuánto mas repugnante aun debió parecer á los paganos! Su religion era cómoda, halagüeña y voluptuosa: era la religion de sus padres, la de su patria, la de su niñez, la de sus magistrados, la de la autoridad pública, en fin, la del mundo entero: y ved ahí que unos desconocidos pretenden destruir todos los objetos de su culto y de sus adoraciones, derribar sus altares, abolir sus fiestas y solemnidades, y separarlos de sus costumbres y de sus antiguas creencias, para ellos tan encantadoras: ¿y esto para qué? para hacerles recibir una religion de privaciones y de sufrimientos, una religion que los expone á la pérdida de su libertad, de sus bienes, y de su vida, y para hacerles adorar á un personage condenado á muerte en la Judea. ¡Habria una cosa mas repugnante á sus ojos! ¿Cuál es pues esa fuerza irresistible que ha podido triunfar entre los paganos de todas las oposiciones de la naturaleza? El mundo idóla-

tra estaba acostumbrado á vivir sin mas regla que sus deseos; sus pasiones eran sus dioses; y las inclinaciones mas desarregladas de la naturaleza, asi como los vicios que estas inspiran, no eran para los paganos mas que placeres inocentes, cuando de repente se presentan unos reformadores sin autoridad, exigiéndoles el sacrificio de los objetos que mas aman; y pretendiendo arreglar en un todo sus discursos, sus acciones, y hasta sus pensamientos: ¡con cuánta violencia no debió sublevarse naturalmente el corazon contra un yugo tan duro y tan insoportable á su debilidad!

Ser modesto hasta la humildad, caritativo hasta amar á sus enemigos, manso hasta perdonar las injurias, paciente hasta el punto de evitar la murmuracion, desinteresado hasta preferir la indigencia á la injusticia, casto hasta el extremo de condenar el pensamiento detenido, y fiel á la ley hasta morir por ella; todas estas eran virtudes que el paganismo apenas conocia en teoria, y mucho ménos en la práctica; virtudes que los sabios no alcanzaban á inspirar, y que el evangelio hizo brotar en el centro mismo de las ciudades mas depravadas del imperio romano, tanto en las regiones mas incultas como en las mas civilizadas, hasta hacerlas comunes y popula-

res. No busqueis, no, en aquellos tiempos de la antigüedad cristiana, á los discípulos del evangelio en aquellas fiestas tumultuosas y licenciosas de Baco, ni en los templos y bosques consagrados á los placeres lascivos: tampoco en aquellos circos donde corrian arroyos de sangre humana para diversion de un pueblo bárbaro, ni en los teatros en que se celebraban el amor profano y las pasiones criminales: los idólatras convertidos al evangelio parecen haber mudado de naturaleza, y son ya hombres nuevos. ¿Y cómo pudo el mundo pagano, desperdando de la larga embriaguez de las pasiones y de los placeres, prestarse dócil á llevar el yugo de las máximas cristianas? Aquí podemos decir con Bossuet (1): „La cruz ha triunfado de „los corazones, y tengo por mas glorioso haber „conseguido tan hermosa victoria, que haber „cambiado el órden del universo, porque nada „veo en el mundo mas indócil, mas fiero ni in- „domable que el corazon del hombre.”

Ved pues que la religion tenia contra sí su propia doctrina; y que siendo humillante para el entendimiento, y repugnante al corazon, debió, segun el órden natural, ser rechazada por la soberbia y por la sensualidad.

(1) I. Serm. pour l'Exalt. de la Croix, I. p.

He dicho en tercer lugar, que tenia tambien contra sí la época misma en que apareció en el mundo. Si el cristianismo hubiera sido anunciado en tiempos de ignorancia y de barbarie, no hubieran dejado los incrédulos de aprovecharse de esta circunstancia para explicar su establecimiento y sus vastas conquistas en el seno del paganismo; pero es notorio que apareció en el siglo de Augusto, en una época en que las luces ilustraban la Europa y el Asia; y en que se habia generalizado mas que nunca la aficion á las ciencias, á las letras y á las artes. ¡Qué no debia pues temer la religion, y qué combates no tuvo en efecto que sostener de parte de aquella multitud de filósofos, de retóricos y eruditos diseminados por todo el oriente y el occidental! Si despues de diez y ocho siglos de gloria y de triunfos que deberian, al parecer, poner la religion cristiana al abrigo de todo insulto, se ha visto en nuestros dias armarse y sublevarse contra ella legiones de sofistas, ¡qué esfuerzos no debieron hacer para destruirla en su nacimiento ingenios mas orgullosos y mas esclavos de sus pasiones!

Para hacernos creer que los tiempos en que nació la religion le eran favorables, se alega que la idolatria estaba en decadencia, que los

pueblos propendian secretamente á abandonar-la, y que los filósofos estaban mas desengañados que nunca; pero la historia desmiente pienamente esta observacion no ménos inconsiderada que quimérica. Se dice que el paganismo iba ya declinando; pero la historia atestigua, que durante los tres primeros siglos de la era cristiana todos los emperadores romanos, sin excepcion, profesaron y defendieron la idolatria, como la religion pública del estado; que durante estos tres siglos fueron perseguidos los cristianos por su aversion al paganismo; y que durante ellos fueron tratados como impíos, y acusados de irritar á los dioses por la desercion de su culto, y de atraer de este modo sobre el imperio las calamidades que le asolaban. Se dice tambien que los filosofos estaban desengañados de la idolatria: es cierto que no creian en ella al modo que el vulgo; pero llevaban la máxima de respetar los cultos establecidos, y de no tocar las supersticiones de la plebe, participasen ó no de ellas. Unos hacian una mēzcla ridicula de judaismo, de cristianismo y de fábulas paganas, y otros, como los Celsos, los Julianos, los Porfirios, y los Hiérocles, apuraron contra el cristianismo todos los recursos de su ciencia y de su talento. ¡Qué esfuerzos no hizo Juliano,

despues de su apostasia, para aniquilar la religion de Jesucristo, y restablecer la de los dioses del paganismo! ¿Y quién ignora que halló una multitud de sofistas, que en vez de manifestarse desengañados, coadyuvaron con todo su poder á su empresa?

Es preciso tambien detenerse en una observacion decisiva: una cosa era para los filosofos reconocer la nulidad de los ídolos y de las creencias populares, y otra abrazar el cristianismo. Despues del reinado de Augusto hubo en las costumbres cierta molicie, cierta degradacion en las almas, y se introdujo en las escuelas de la filosofia un espíritu de soberbia, de impiedad y de epicureismo que estaba muy lejos de ser favorable á la sencillez, á la santidad y severidad de la doctrina evangélica; y el filósofo podia muy bien no ser idólatra sin que por eso quisiese hacerse cristiano. Muchas veces el salvage resiste ménos el evangelio que el erudito indiferente: la sencillez del ignorante es mas accesible á la verdad que el orgullo del sofista; mas cuando la corrupcion de un ingenio presuntuoso está fortificada por la del corazon, ¿qué obstáculos no opone á la creencia de las sublimes verdades que sujetan la razon y que no transigen con pasion alguna? Sí, hay una